

Además...

UN EMPAJO

Por CLIMACO PEREZ

NA mañana del mes de mayo, viendo ñor Juan que el techo pajizo de su casa no aguantaría los rigores de aquel invierno que ame-

nazaba ser fuerte, dispuso, de común acuerdo con su compañera de veinte años, empajar la morada para ponerse a salvo, sin duda por diez años más, del sol y del agua.

Las órdenes se impartieron como lo saben hacer estos viejos campesinos previsores, con mucho juicio y tino, de tal modo, que no debía faltar nada el día que la casa debía vestirse con nuevas pajas para abrigar el hogar de ñor Juan.

—Yo voy donde mi compadre Rufino a que me ayude a cortar la palma; yo creo que con cinco tareas tenemos, hijá —dijo ñor Juan.

Y ña Manuela que así se llamaba la esposa de ñor Juan, contestó:

—Acordate que tenemos que hacer un rancho para los chanchos y los terneros, es mejor cortar seis tareas.

—Bueno, entonces voy a hablar con hermano Pedro para que me ayude también y a la verdad es, Manuela, que yo me entiendo con las maderas el bejuco y la palma y vos con la chicha, los buñuelos con la comedera.

—Andá donde Juan Rafael y comprás veinte atados de dulce, que yo en esta semana no vendo ninguna cuajada; pero habrá que matar el chanco overo para el ayaco.

—No, Manuela, del chanco overo le debo una limosna a Esquipulas, es mejor matemos el negro Chinchao.

Así conversaban ñor Juan y ña Manuela preparando lo necesario para que el empajo resultara lo más lucido posible y las gentes que debían concurrir ese día ayudar a empajar, no se fueran descontentas de las atenciones de los dueños de la casa.

El sábado próximo fué fijado para el empajo; había que comenzar las tareas desde ese momento para que el sábado estuviera todo listo. Las muchachas moían maíz para la chicha, las ollas hervían en varios fuegos; el chanco negro había sido sacrificado en aras del empajo, ñor Juan traía grandes ruedas de bejuco, aquí había un montón de varas rolizas

que servirán para el armazón de la casa, allá un montón de palma, acuyá los ganchos que a horcajadas, debían de jinetear por varios años el caballete de la casa; en fin, aquello era un trajín inusitado en la casa de ñor Juan, preparativos de una fiesta en honor del techo de su casa que debía abrigar y dar calor, y paz a su hogar.

El viernes ñor Juan se montó a caballo y fué por todo el barrico a convidar para el empajo.

A medio día del sábado, escolares, jóvenes y viejos estaban reunidos en la casa de ñor Juan, se les dió chicha y se dispuso el trabajo: muchachos, a pasar bejuco, jóvenes, a empajar, viejos, a componer bejuco. ¡Hermoso conjunto que revela una costumbre de estos pueblos!

Jóvenes, en pleno vivir, con los ideales más lisonjeros de la vida, alegres, rien, gritan y lanzan piropos a las muchachas de la casa; viejos, en cuyos rostros se ven las huellas de los años, el anhelo de vivir y en los corazones reminiscencias juveniles acompañadas de la experiencia vivida añoran, bajo la sombra de un árbol sus an-

tiguas hazañas, párvulos, dulce es peranza del futuro en cuyas cabcitas se forjan pillerías, juegan, saltan y gritan.

La vida en todo su aspecto: infancia, juventud y vejez.

Todos hablan, todos rien, todos gozan. Constante algarabía.

¡Palma! grita uno. ¡Bejuco de lima! grita el otro. ¡Falta palma! ¡Chicha! ¡Falta bejuco! y todos se mueven y todos trabajan.

Un viejo al ver que los muchachos empajan con mucho brío exclama: ¡oh tiempo!

Y un joven le dice: ¿tiempo de agua?

Y otro en voz baja: tal vez no fué ni garubero.

—¡Bejuco de lima!

—¡Ese que mandé es bejuco de lima.

—¡Bejuco de lima!

—Estás creyendo que yo no conozco lo que es bejuco de lima, en esto boté los dientes.

Y así pasa el tiempo entre las risotadas de los jóvenes, los regaños de los viejos y los gritos de los muchachos, hasta que el empajo queda terminado.

Es la hora de la comida.

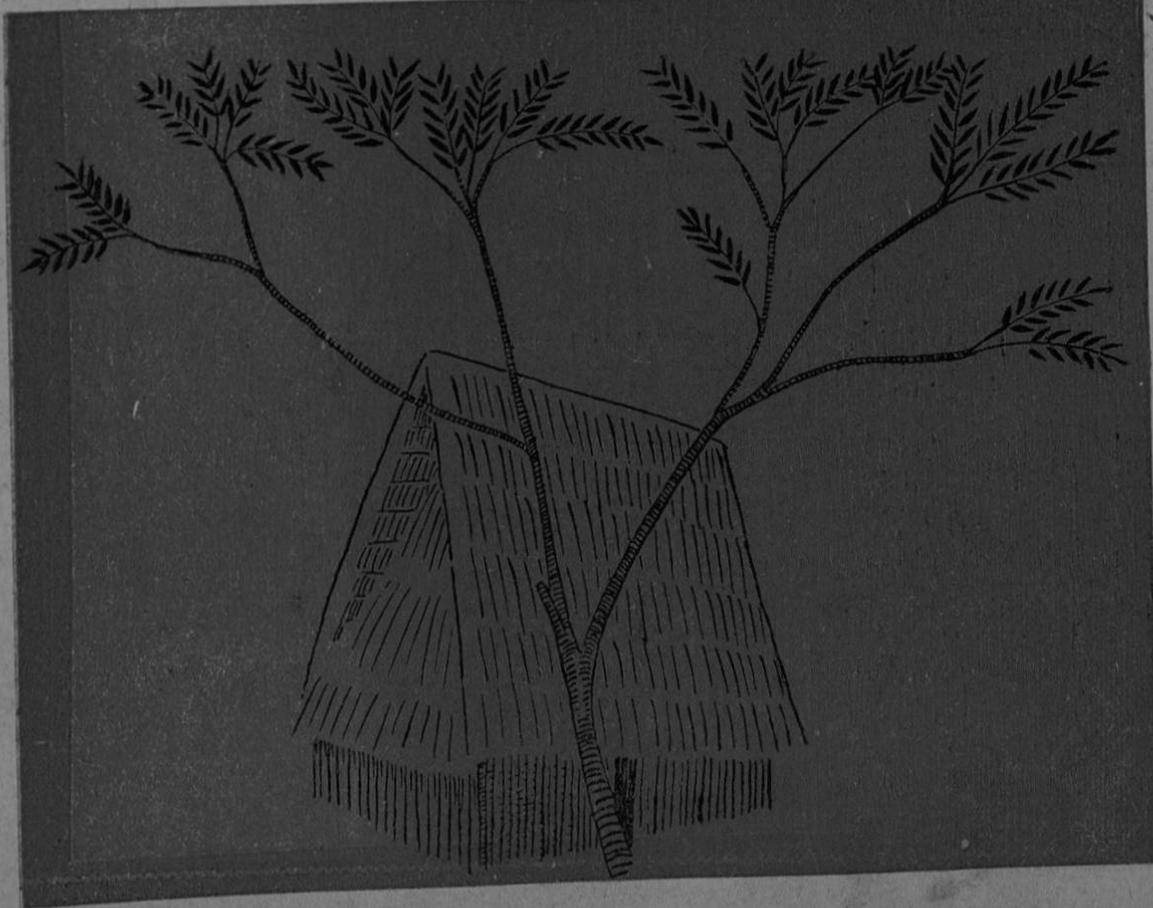
En la mesa, servida al aire li-

SUPLEMENTO DE "LA REPUBLICA"
CON ESTE CONTENIDO:

- * EL EMPAJO. (Cuento), por Clímaco Pérez.
- * GUEDEJA. (Poema), por Salvador Jiménez Canosa.
- * ALMA MATER, por Roberto Brenes Mesén.
- * MI PRIMER CONTACTO CON LA INJUSTICIA, por Enrique José Varona.
- * EL TICO Y SU TIERRA, por William Vogt.
- * LA CUENCA DEL TEMPISQUE, por Virgilio Caamaño Arauz.
- * ANECDOTARIO NACIONAL, por Carlos Fernández Mora.
- * EL FAROLERO Y PETAQUILLAS, por Anastasio Alfaro.
- * Tipos inmortales de la literatura: EL JUDIO ERRANTE, por Eugenio Sué.
- * AZORIN Y SU CURIOSA RENUNCIA, por Ramón J. Sender.
- * EL CANTON DE OSA, (Puntarenas). Reportaje gráfico de Orlando Coto. Informes cortesía de don Jaime Granados Chacón.

San José, Costa Rica, 8 de agosto de 1953.

Nº 61



Mi Primer Contacto con la Injusticia

Por ENRIQUE JOSE VARONA

Fué mi padre gran viajero. Parte por afición, parte por motivos de salud, peregrinó mucho por América y Europa, hasta que los años lo obligaron a mayor reposo.

Por esta razón, los primeros de mi vida, fueron, no dirigidos, sino suavemente empujados por mi buena madre, quien, ya por ser yo el más pequeño, y bastante más pequeño, de mis hermanos, ya por mi semi orfandad, me crió como un verdadero Benjamín. Todo mi empeño era quitarme las espinas de un camino tan enzarzado como el de la vida y evitarme los esquinazos, donde todas las calles son esquina.

El resultado tuvo que ser un muchachito tímido y receloso, en un pueblo de arrapiesos forrados, capaces de darle un susto al miedo. Algo fantaseador también era, pero en ello no tuvo parte ni culpa mi madre, mujer muy casera y muy de su tiempo y de su pueblo.

A consecuencia de todo esto, cambié mucho de escuela y después de colegio. Bastaba que no me encontrara del todo a mis anchas, para que yo mismo, con bien pobre excusa, o sin ninguna me diera de baja.

Al fin, por razón de proximidad, capital para lo asustadizo de mi padre, fui a dar a una de las dos escuelas superiores que había por entonces en la ciudad. Era escuela municipal, es decir para alumnos gratuitos, pero los admitía Pensionados. Como mi familia era acomodada, tuve la mala suerte de ser de estos últimos.

Digo mala suerte, porque de allí se derivó mi primer tropiezo con la injusticia, de que conservo memoria.

Era el director más bien de pequeña estatura, pero recio, enjuto, hombre que rara vez sonreía, y cuya mirada severa, a través de los cristales cuadrados de sus espejuelos de oro, me parecía que trataba de insinuarme por las entretelas de mi pobre cabecilla, dispuesta a dejarse penetrar. Tenía don G... un concepto, que llama singular, de lo vidrioso de sus funciones, a causa de

esa mezcla de discípulos que pagaban, y que no pagaban, y, por no parecer parcial a favor de los primeros, solía pasarse de la imparcialidad, es decir, solía saltar a pies juntillas la raya de la equanimidad y caía de cabeza en plena parcialidad. A mí me tocó experimentarlo.

Entre mis condiscípulos, uno de los más aventajados, de buena familia, pero pobre y que, como tal, estaba en el colegio, gozaba de gran predicamento con el director, y, a lo que recuerdo, lo merecía. Era bastante mayor que yo y debía mirarme con desdén, por mi carácter un tanto añaido. Cierta día, sea por bromear o por amedrentarme, hubo de decirme: "Tengo un cartucho de pi capica y voy a soplártelo por entre el cuello de la camisa".

Me llené de terror y de escozor. Todo atortolado y sudoroso, me fui para casa y recurrí a escribir una carta, lo más patética y q' me fuera posible, a nuestro don G... que me pareció entonces, a pesar de su corto talle, un Briareo centimano. Detrás de su sombra imponente y protectora me ponía yo, para que con un solo gesto me librara de la lluvia maléfica que ya me torturaba.

Temblando me dirigí de nuevo a la escuela, llena a esa hora de chicos y de bullicio, me deslicé como pude hasta la mesa directoral, y esquivando en contrarme con los ojos de mi verdugo, presenté humildemente al Director mi cartapacio, rogándole que lo leyese a solas y me dignase contestarme.

Del todo inesperado y para mí insólito fué el caso que se me presentó. Don G... leía y se sonreía, se sonreía socarronamente, a poco me hizo un gesto para que me detuviese donde estaba, y empezó a leer en voz alta ¡qué horror! ¡qué profanación!, recalando mis pueriles y torpes frases; y así que hubo terminado su lectura y mi suplicio, me miró por encima de sus cristales cuadrados, y me dijo campanudamente:

"Si te pica te rascas".

No sentí picazón, pero sí sobre mi cabeza el golpe de una gran locura, que todavía de cuando en cuando, me pesa.

ALMA MATER

Por Roberto Brenes Mesén

Con Alma Mater y alma patris los clásicos latinos solieron designar la madre patria, la tierra generadora; tal fué el alma mater tierra de Lucrecio, Alma Ceres, sustentadora Ceres, alma lux, vivificante luz, almus ager fértil, dijo Virgilio; almus sol, padre de la Naturaleza sol, alma Musa, fecundas Musas, dijo Horacio. Siempre en el sentido de generar o de nutrir, como contracción de almus procedente del verbo alere, de la raíz indogemánica. Al, alimentar; nutrir. Alma es, por tanto, todo cuanto nos alimenta y nos mantiene.

Más tarde, cuando las Universidades aparecieron, los estudiantes llamáronse alumnus, alumnus, los que se alimentan o nutren de la misma raíz, y en Cambridge se inició el empleo



GUEDEJA

Todo amor es terrible.

Alguien llora conmigo,
canta sin darse cuenta.

Alguien lejos me piensa...

Ahora que te sorprendí
replegada en mis sueños;
diría que gusto un rumor
silencioso.

Alguien canta conmigo.

Tu cuerpo sonoro
en espiral azul...

Alguien lejos me piensa,
piensa sin darse cuenta.

Voluta gentil —la guedeja—
dormida, la frente recuerda.

Todo amor es terrible,
alguien lejos me piensa...

Salvador Jiménez Canossa
Junio 1952

Los vientos oscilares.

LOS VIENTOS

La atmósfera en perpetuo movimiento; sus cambios de lugar son conocidos con el nombre de vientos. Son éstos debidos a las temperaturas variables del aire, según los puntos. Siendo el aire caliente más ligero que el frío resulta un desplazamiento en busca del equilibrio que nunca se realiza. Los vientos más constantes son los alisios, que soplan de los polos. Estos se llaman contralisios y corren a cierta altura, los otros en la parte inferior de la atmósfera; por eso se conocen desde hace mucho tiempo, mientras que la existencia de los contralisios sólo se sospechó a consecuencia del polvo mineral y de las cenizas volcánicas llevadas por ellos desde América al Sur de Europa.

El desplazamiento de las masas del aire superpuestas, en dos direcciones diferentes, se halla revelado por las nubes que parecen caminando en sentidos contrarios, porque no ocupan el mismo nivel.

Al lado de los alisios vienen los monzones. Estos vientos periódicos soplan sobre los mares tropicales y cambian de dirección cada seis meses. Las épocas de cambio lo son de muy mal tiempo, provocan gran tempestades, sobre todo en el Océano Índico. Los vientos ctesios corren desde Europa hacia el Africa, a través del Mediterráneo, y son atraídos por la alta temperatura del Sahara. El simún, seco y ardiente, levanta las arenas de ese desierto. El sirocco, caliente y húmedo, sopla del Sur sobre Italia y Francia meridional.

El foehn, viento caliente del Suroeste es bien conocido en Suiza, porque activa la fusión

de las nieves.

El mistral es un viento frío y violento del Noroeste que sopla sobre Provenza.

En nuestro país los vientos más conocidos son los Nortes, que aparecen ordinariamente a fines de noviembre y continúan soplando durante el mes siguiente.

Fuera de sus movimientos normales, los vientos pueden adquirir una velocidad formidable acompañada de movimientos giratorios: son los ciclones y las trombas, cuyas manifestaciones menos violentas son los vendavales, los huracanes y las borrascas. Los grandes ciclones, cuyo origen se halla en las regiones altas de la atmósfera, ejercen su acción devastadora en el Océano Índico y en el mar de las Antillas. Se producen generalmente en la época en que los monzones cambian de dirección. Son masas atmosféricas que pueden tener algunos centenares de leguas y cuyo centro se desplaza con una velocidad de setenta kilómetros por hora. Ese movimiento de traslación va acompañado de otro en forma de torbellino que tiene una rapidez mayor, especialmente si gira en la dirección del movimiento de traslación de la tierra. Nada resiste a semejantes ciclones: se hunden los navíos o son arrojados a las costas, las casas quedan arrasadas, arrancados los árboles y arrastrados a lo lejos, y las aguas de los ríos son empujadas hacia arriba.

Los tifones que se manifiestan en los mares de la China, se asemejan a los ciclones.

Las trombas o tornados forman torbellinos cuyo diámetro pasa de algunos centenares de metros.

EL TICO Y SU TIERRA

por WILLIAM VOGT

(Adaptación del Lic. Edgardo Salazar y el Prof. Carlos Luis Valle.— Dibujos de Walter R. Valenciano y Hugo Díaz)

I

LA CARA DE LA TIERRA DE COSTA RICA

El porvenir de Costa Rica —y el de su pueblo— se halla escrito en la faz de la tierra; es como un rostro humano: su expresión puede ser amable o puede ser cruel. Puede indicar juventud y fuerza o también vejez y debilidad. Puede decir: "Ven a mí, yo te alimentaré y te protegeré", o puede decir: "Vete estoy agotada y nada tengo para tí".

La cara de la tierra, como la del hombre, expresa lo que le ha pasado durante su vida. Si la vida que ha llevado ha sido buena, tendrá una expresión benévola, como la tiene el hombre que ha vivido bien y ha saboreado la felicidad. Pero si la tierra ha sido maltratada, tendrá la expresión de la cara de un hombre cuya vida ha sido desgraciada y que trató de olvidar sus desgracias en el libertinaje.

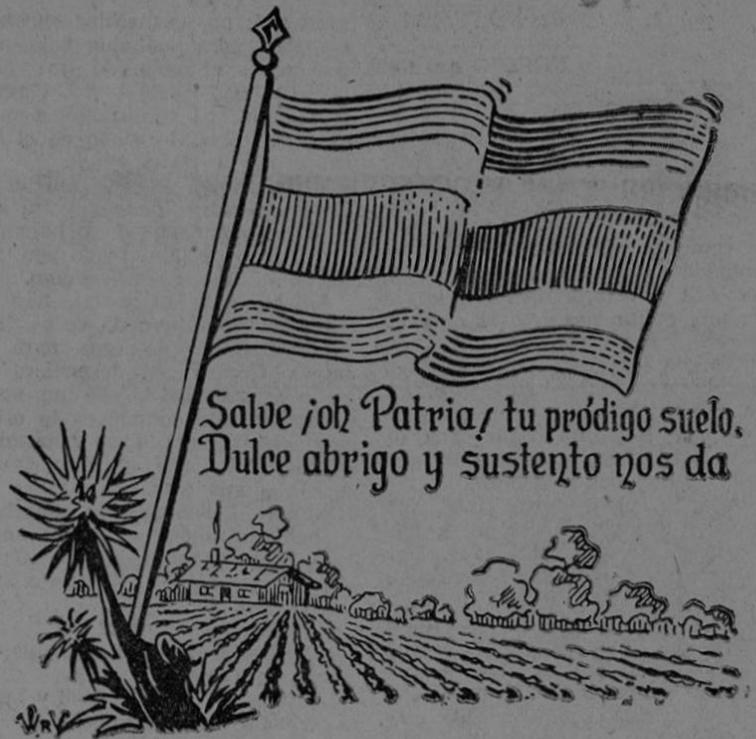
Los grandes pintores han sido capaces —en el transcurso de los siglos— de captar la expresión del rostro humano y de darle un significado tal, que cualquiera que contemple una obra maestra puede entender su mensaje. Pero ha sido mucho más difícil leer en la cara de la tierra e interpretar lo que nos está diciendo.

Casi ningún pintor ha sido capaz de hacerlo. Para el hombre, que como el campesino, conoce la tierra en todos sus cambios, los paisajistas le han podido ofrecer muy poco, pues muy rara vez dicen sus cuadros: "Esta ladera recibirá con amor las papas, o esta es tierra que producirá buen maíz".

Para hacernos un buen retrato de la tierra ha sido necesario esperar a que llegara el hombre de ciencia, el cual ha estudiado muchas cosas acerca del terreno, cosas que son útiles al hombre.

Ha estudiado, por ejemplo, cómo producir más maíz sin extender el área de cultivo, cómo entender a la tierra que contemplamos, cómo leer su disposición y su probable porvenir en sus hoyuelos, en sus arrugas, en el color de su tez, en la expresión de sus lagunas —que son sus ojos—. ¿Nos ayudará? ¿Nos alimentará? ¿Será agradable vivir en ella, o nos arrojará de sí, con el dolor del hambre no saciada?

Este es un punto muy importante, no sólo para Costa Rica sino también para las demás repúblicas de América. Todos necesitamos comer y lo que comemos sólo puede venir de la tierra; no existe otra posible fuente de recursos que nos proporcione alimentos.



¿Es magnánima la expresión de la cara de la tierra de Costa Rica? ¿Podemos esperar que responda a las necesidades de la nación?

Hay sin lugar a duda, grandes peligros que acechan a la nación. Los que leen en la cara de la tierra de Costa Rica creen que el país no podría sobrevivir doscientos años, a menos que los agricultores cambien sus métodos de cultivo. Es indispensable comprender que si en Costa Rica no cambia la política del campesino hacia la tierra, escasearán cada vez más el maíz, los frijoles, el arroz y la carne, y cada día costará más céntimos comprarlos. Cada año quedarán menos céntimos para gastar en fiestas, en escuelas y en salubridad pública.

Es de vital importancia para ustedes —como costarricenses que son— entender estas cosas y hacer algo para remediarlas. Y personalmente también les interesa porque afectan el bienestar de sus familias, de su madre, de su esposa, de sus hijos y el suyo propio. Si usted es joven y descuida este problema del aspecto de la cara de la tierra, debe esperar una vejez con hambre. Piense que usted solo no puede librar esta batalla. Pero piense también que nadie hará la parte que a usted le corresponde. Como costarricense, usted debe buscar la manera de trabajar con otros ticos en tan delicado asunto, con la seguridad de que unidos pueden encontrar una solución adecuada.

Y si la hace, no le quepa duda: Usted, sus hijos y sus nietos pueden esperar una vida de creciente riqueza y de mejoramiento. Y si ahora mismo se emprende la tarea, la nación tendrá un futuro más rico y más halagüeño.



Historia del hijo que dejó perdido el Rey

por MARIA de NOGUERA



UCEDIO que una vez, habiendo salido el rey a pasear a tierras lejanas, dejó perdido en una aldea un hijo suyo muy pequeño y como le precisaba regresar, le comendó a una campesina se lo buscara, y que si aparecía le diera una cajita que dejó al cuidado de ella, junto con un anillo; ob jetos con los cuales le sería fácil llegar hasta donde su padre. Pero, eso sí, que nadie tenía permiso de abrir la cajita, bajo pena de morir ahorcado; sólo el niño, que era dueño, podía hacerlo.

Allá, al correr de los años, apareció el príncipe hecho un gallardo mozo de dieciocho años. Por casualidad le echó la conversación a la campesina, de que él tenía el propósito de ir a buscar a su padre, pues era cosa triste crecer sin la caricia de la mano protectora de un padre.

—¡Ay!, eso será imposible que lo encuentre, buen niño, pues tu padre está a muchos cienos de las guas de aquí —dijo la campesina.

—Además —agregó— aunque lo encuentres, ¿cómo te reconocerá?

—Dijo que voy en su busca —dijo el joven—, aunque haya de cruzar los altos montes y los inmensos mares.

Viéndolo tan decidido, la señora le dijo:

—Toma, aquí te dejó tu padre; él me aseguró, al partir, que con este anillo y lo que está dentro de la cajita, fácilmente lo encontrarás.

El joven no esperó más y tomando aquellos objetos partió al instante siguiendo una dirección, cual quiera. Camina, camina y camina. Por allá, muy lejos, llegando a un llano, le dió mucha sed; vió venir a un negro labrador que traía agua en su cántaro; le pidió de beber, lo que le negó el negro. Pero como el joven se ahogaba insistió, y entonces el malvado negro le dió que solamente que le diera la cajita, creyéndola llena de dinero.

Eso será imposible, buen hombre —replicó el joven—, puesto que sin ella jamás encontraré a mi padre.

¿Y quién es tu padre? —dijo el negro.

—¡Ah, dicen que es un gran rey...!

Y el joven ya no pudo decir más, porque la lengua se le pegaba al paladar. Tuvo que caminar la cajita por un poco de agua. Luego preguntó al negro si quedaba aún muy lejos la ciudad. Esté le dió las señas por un camino tan largo que tardaría una semana en llegar a la capital del reino. El príncipe, de buena fe, tomó esa dirección. En cambio, el negro tomó el más corto para llegar primero y presentarse al rey como su propio hijo. Y de veras, llegó a la ciudad, se presentó al palacio mostrando la cajita y diciendo que él era el hijo perdido del rey. Nadie le quería creer, pero como llevaba la cajita, le hicieron grandes honores. (Es que en la cajita había una carta del rey en que decía que había perdido un hijo, y que para reconocerlo le presentara esa constancia y un retrato que allí mismo dejó)

Mientras tanto el verdadero hijo del rey caminaba y caminaba, y aquel camino parecía no tener fin. Otra vez le volvió a dar una

gran sed; por casualidad encontró un pozo, pero no había balde con que sacar el agua. Al fin puso unos palos y pudo bajar. Cuando saciada la sed se disponía a salir, vió que había un mono en el brocal y que le pedía agua.

Buen mozo, cuesta mucho el agua por estos lugares, y no hay vaso en qué darte; pero hagamos paciencia y te daré trago por trago en el hueco de la mano.

Así diciendo el joven, bajó y subió un sinnúmero de veces, trayendo puñados de agua para el mono. Cuando se despedían, el mono agradecido le dió un pelo, diciéndole que cuando se le ofreciera algo dijera: "Dios y mi amigo mono", y que al instante él estaría a sus pies.

Siguió el príncipe su marcha; no había caminado mucho cuando dijo: "Dios y mi amigo mono"; y al momento estaba el mono a sus pies diciéndole:

—¿Qué me quieres?

—Nada —le dijo el príncipe— es por probar.

Llegó por fin a la ciudad y buscó trabajo, encontrándolo donde una señora que tenía una hortaliza. Todos los días iba a vender verduras y pasaba por el palacio del rey: Las princesas lo llamaban y le compraban bastante, diciéndose en voz baja una a la otra: —"Qué muchacho tan parecido a papá cuando estaba joven". Y lo conquistaron para que se fuera de jardinero de palacio. Al fin consiguieron llevárselo. Y el día que llegó a hacerse de su trabajo, el negro lo conoció, y en sus adentros arregló un plan para matarlo.

El rey tenía una mula tan montaraz, que nadie se había atrevido a amansarla, ni por más dinero que les ofrecieran. Esto le sirvió de arma al negro, por lo que se fué ante el rey y le dijo:

—Papá, dice el jardinero que él monta la mula y no lo bota.

—¿Posible, muchacho? —Contestó Su Majestad; agregando —Pues que venga el jardinero para oírlo de su propia boca.

El pobre joven, por más que aseguró que nada había dicho, el rey lo obligó a montar la mula bajo la pena de morir si desobedecía. Se acordó entonces del mono, y metiéndose en su cuarte a hacer que se alistaba, lo llamó: "Dios y mi amigo mono". Al instante lo tenía a sus pies, preguntándole:

—¿Qué me quieres?

—Estoy en apuros, amigo mono: has de saber que el rey me ordena montar la mula salvaje, y quiero que me ayudes.

—No te preocupes —agregó el mono; —toma esta pistola y estos algodones; dale un balazo en el pecho a la mula, y así que se desangre un poco la montas; estate seguro de que nada te pasará. Le das todo el andar y al pasar junto al palco real, toma a una de las princesas y la montas en ancas, la paseas por la plaza y luego se la llevas al rey.

Más bien resultó como una gran fiesta, en la que fué aplaudido el joven, mientras el negro envidioso se mordía los labios. Pero inventó otra. Le dijo al rey que decía el joven que a él lo podían echar en una caldera de agua hirviendo y nada le pasaría.

El rey ordenó al punto colocar una gran caldera en media plaza y llamando al joven le dijo que hiciera allí la prueba; el muchacho se entristeció y llamó a escondidas al mono para contarle.

—No te aflijas —le dijo éste,

SHAKEASPEARE

Por ANTONIO CASO



HAKESPEARE pudo, dice Tourguenoff, leer el Quijote, en tan que Cervantes, seguramente no conoció la dramaturgia shakespeariana.

¡Que asunto para inspirar a un artista pensador! ¡Shakespeare leyendo el Quijote! ¡el autor de Hamlet comentando los vi das milagrosas del andante caballero y su fiel Sancho Panza! Por que solo tienen de común ambos visionarios, el inglés y el español, su amplio sentido de la vida y su humorismo incomparable. Shakespeare sugiere mejor que otro cualquier poeta, las vicisitudes de una humanidad más vigorosa que la nuestra, más humana e inhumana a un tiempo, monstruosa siempre por exceso o defecto, lo mismo para el bien que para el mal. Los personajes de la tragedia antigua, excepto quizá los de Eurípides — que casi son shakespearianos —, parecen demasiado épicos aún, MUY HOMERICOS, esto es, apolíneos, divinos. Los personajes de Shakespeare son hombres, pero de una vigorosa raza intermedia entre los demonios y los hombres. ¡Qué figuras angelicales, semidivinas, siderales, las de Cordelia, Ofelia, Desdémona y Julieta! Evocan, irresistiblemente, los versos de Hugo.

Les anges et volaient sans doute
obscurément
Car on voyait passer dans la nuit,
par moment,
Quelque chose de bleu qui paraissait une aile.

En cambio, ¡qué desorbitadas, qué aberraciones psíquicas, que monstruos magníficos, Othelo y Macbeth, Hamlet y Lear, Ricardo III y Falstaff! Jamás el ingenio humano prohibió descendencia tan absurda y sublime. Shakespeare, como creador de almas, no tiene rival en los fastos del Parnaso. Tampoco iguala nadie al inglés, si no son Lope y Calderón. Rojas o Tirso, en el sentido dramático de la vida. Se dice: el teatro griego, el español, el inglés. Son, en efecto, las tres expresiones sumas del arte dramático en la historia lite-

aria. Es inútil pretender igualar al genio griego en la realización del instante único que, como lo vió Nietzsche, confundió a Apolo y Dioniso, el genio de la Escultura y el de la Música.

Sobre el mármol pentélico de Homero, labraron Sófoles y Esquilo las figuras indeficientes de Edipo y Prometeo. Shakespeare no es la dramatización de la Epopeya, sino el espíritu del Renacimiento, que sintetizó en el Drama la Tragedia y la Comedia. El teatro español exhibe de relieve la originalidad característica del esfuerzo peninsular en la historia de Europa. Funda Juan Ruiz de Alarcón, el teatro social, conforme hoy lo concebimos. Calderón y Lope —tan gran lirico el último como gran dramático— convierten en patrimonio de todos los hombres la comedia de capa y espada, que Menéndez Pelayo llama "comedia de costumbres de la casa media"; pero añaden —estos y los otros grandes dramáticos—, la excelitud de su propio genio, que hace Segismundo el par de Hamlet, de Peribáñez o García del Castañar, paradigmas del honor castellano, y de Pedro Crespo, no sólo el Alcalde perpetuo de la villa de Zalamea, como estatuye Felipe II en el drama inmortal, sino el Alcalde perpetuo, el ministro vengador de la justicia escarnecida.

Hay un drama fantástico, más sutil aún que "Sueño de una noche de verano". El más maravilloso de los dramas shakespearianos: LA TEMPESTAD, relicario del shakespirismo trascendental. Próspero y Ariel, constituyen la filosofía alada y brillante del gran poeta; exponen su sentido oculto de la vida, sus convicciones esotéricas. El hombre del Renacimiento, con su fecunda concepción de la realidad psíquica y cósmica, inspiró la triada sublime: Ariel, el espíritu aéreo, la sabiduría demoníaca que se rinde a la magia de Próspero y subyuga a Calibán. Es decir, el genio humano vencedor de la bestialidad, merced a la inteligencia y la intuición, potencias místicas, destellos de la Divinidad. Los monólogos de Hamlet son el shakespeariano para la muchedumbre. LA TEMPESTAD, encierra la doctrina del cisne de Albión.

dale otro balazo a la mula; úntate la sangre en todito el cuerpo y te echas sin miedo a la caldera.

Así sucedió, pero esto sí que fué maravilloso; cuando salió de la caldera era más lindo!

Al negro se le retorció una culebra de odio en el corazón, y por esto inventó otro chisme. Le dijo que el joven había asegurado que él podía traerle la hija perdida que un dragón se había robado. Para llegar a casa de este dragón había que atravesar el mar y pasar muchas dificultades.

El rey le ordenó que si no la traía penaba la vida. Nuevamente el joven llamó al mono.

—Ya sé para qué me quieres —le dijo éste; —pero no te aflijas, que mi amistad te salvará. Pídele al rey un novillo y mucha provisión para ti y un gran buque de cuatro palos.

Todo estuvo listo en un momento, y el joven marchó en compañía del mono y sus amigos que eran: el tigre, el león, el coyote, y el águila (para ellos era el novillo).

Atravesaron los altos mares y llegaron al país de los dragones; por suerte a la hora de la siesta en que todos dormían.

El águila voló muy cerca del suelo y viendo donde estaba la princesa, la tomó en sus garras

y la elevó, yéndola a dejar al buque. El tigre, el león y el coyote les hicieron guerrilla y los dejaron medio muertos.

Luego salieron corriendo y se embarcaron.

Cuando llegaron al reino, se despidieron del joven los animales. El amigo mono le dijo:

—Ya no me necesitarás, porque de hoy en adelante serás feliz; no le ocultes al rey quién eres.

Y desapareció.

Fué entonces a entregar la princesa a su padre, quien quedó asombrado del valor e intrepidez del joven, pues nadie lo había podido realizar. En agradecimiento le ofreció la mano de sus hijas, pero el joven le contestó:

—Es imposible para mí aceptar por esposa a mi misma hermana.

—¿Cómo dices? —preguntó asombrado el rey.

Y el muchacho le contó su historia, hasta que llegó al palacio de jardinero. El rey comprendió que decía la verdad, y lleno de cólera mandó a llamar al negro para echarle en cara sus embustes, y lo mandó montar la mula salvaje para que le diera contra el suelo.

Y al príncipe perdido le dió la corona en premio de su perseverancia.

Así
visten
ellas

ROSALINDA
VARGAS

Flor del instante
hecha recuerdo y
luz... Ritmo está-
tico plasmado en
firme cielo... Aro-
ma en espirales del
crepúsculo... Tem-
blor del misterio...
Rosalinda.

(Foto Solano)



EL FAROLERO

Por Anastasio Alfaro

Hace años, cuando había en Alajuela sólo lámparas de canfin en las esquinas de las calles, conocimos un viejecito llamado Toribio Jara; alto, delgado, moreno, vestido de camisa blanca, pantalón azul ceñido con banda roja, descalzo y con sombrero de paja. Llevaba siempre una escalera pequeña, un galón de aceite, un embudo y un trapo de limpiar los tubos de las lámparas y los vidrios de los faroles.

En otro tiempo debió desempeñar las funciones de sereno, porque aun continuaba atendiendo el servicio del alumbrado público; encendía los faroles al oscurecer y los apagaba al salir el sol.

Tenía el espíritu de justicia connaturalizado con su persona, seguramente por herencia y por hábito, de tal modo, que siempre separaba a los muchachos que reñían a la salida de la escuela, y en una pelotera estudiantil bastaba con decir: "allí viene ñor Toribio", para que cada cual tomara el camino de su casa por la vía más corta. Sin embargo, todos los chiquillos de la vecindad lo querían y respetaban porque hacía trompos, boleros de carrucha, yugos y carretas para bueyes de olote, que les obsequiaba, amén de algunas frutas de su propia casita.

Una mañana, a la hora del almuerzo, le contábamos a

padre lo que hacía ñor Toribio, extrañados de que sin pertenecer al personal de la escuela ejerciese las funciones de celador callejero.

—Así ha sido siempre— replicó mi padre—; en mi tiempo hacía lo mismo que hoy: una vez, en una de esas peloterías, castigó al mayor de nuestros compañeros, vecino del Llano, porque le estaba pegando a otro más pequeño y porque después de separarlo trató de emprender riña a pedradas con el mismo ñor Toribio.

¡Anda, viejo seco, vos vas para abajo y yo voy para arriba; algún día me las pagarás!— dijo el llanero; y se alejó llorando. Su padre lo supo y le dió las gracias a ñor Toribio, como era la costumbre en aquellos buenos tiempos; pero el muchacho jamás se la perdonó.

Pasaron los años y cuando el llanero fué ya hombre, durante las fiestas de la Concepción, buscó a ñor Toribio en la plaza de la Agonía, para desquitarse del antiguo vapuleo.

Mi padre calló un momento. —¿Y qué resultó?— preguntamos con interés.

—Que el viejecito— contestó mi padre— así como ustedes lo conocen, cogió un cabo de bejuco con que había amarrado las barreras y lo volvió a castigar por vengativo.

Estimado señor Director:
Uno de mis profesores en la Universidad de Costa Rica, el que más admiro y quiero porque supo siempre ser el compañero que ayuda y que alienta, que sostiene y entusiasma, me regaló, hace algún tiempo, el libro de Myriam Francis titulado *XARI*.

En seguida le escribí reclamándole el que, siendo mi crítico nacional preferido, no nos hubiera hecho conocer las impresiones que ese libro bello evocó en su espíritu privilegiado. Le decía: ¿apenas abrió el delicado estuche, no se sintió usted, como me sentí yo envuelto en los aromas exquisitos que saturan las almas de las muchas deliciosas mujeres que aparecen en ese libro, bellas mujeres de nombres que son toda una esencia?

Me contestó el bondadoso guía de juventudes: ¿por qué, más bien, no nos dice usted que cada una de ellas ha sido divinizada por un símbolo? Haga usted, mi querida compañera, haga usted el análisis de esas almas femeninas que se manifiestan, sin vanidad alguna, en el sacrificio, en la esperanza, en la resignación, en el desinterés, en la fidelidad, en el ensueño, en el perdón... múltiples facetas de un mismo diamante: el Amor.

Y quise obedecerle. Con sus bondadosas actitudes siempre obtuvo de nosotras, sus discípulos, una inmediata y absoluta obediencia. En seguida escribí lo siguiente: Si yo poseyera una mente serena y entusiasta recitaría, como en un sueño lírico, los nombres de esas mujeres que Myriam, mi amiga muy querida, reunió en su libro que es, también, un ensueño: Xari, Diana y Lorena; Renée, Dalia y Marieta; Hannia, Gretel e Isabela; Coralia, Leda y Marcela; Melba, Liliana y Berta; Damaris, Marcia y Violeta; Gracia, Anisabel y Grigelda; Laura, Dialá y Arabela; Rosa, Lilia y Eugenia. Hay una, una sola, que no lleva nombre alguno. En realidad, lo que constituye un ideal no debe tener otro nombre que ese: Ideal!

De la lectura del volumen de maravillas de Myriam he obtenido inefables verdades. La incertidumbre, hija del embrujo del tiempo, no hace, no logra hacer su nido de angustias en el corazón de la mujer realmente enamorada. Siempre tiene fe en el escogido. Para ella, el amor es un simple acto de fe, de fe profunda. Y la fe es la unión íntima de dos voluntades. Como cree la suya poderosa cuando es orientada hacia el amor, así supone la del amado.

Los celos, en consecuencia, son simplemente coqueteos del alma que se complace en la propia íntima tortura. Del tiempo triunfan sólo la esperanza y la fidelidad, atributos casi exclusivos del espíritu femenino. Por eso, las mujeres saben dominar a la Muerte. No aceptan, no pueden aceptar que el ser escogido entre los mejores, pueda dejar de vivir.

Para nosotras —y lo digo sinceramente, por experiencia íntima— el hombre en quien pusimos nuestras mejores esperanzas siempre está presente. Sea su ausencia temporal, sea el definitivo alejamiento más allá del olvido o más allá de la muerte.

Depositamos absoluta confianza en quien es objeto de nuestro amor. Esa confianza no sabe de límites, no acepta ninguna clase de fronteras: es infinita.

La característica del alma femenina es el altruismo. Necesitamos vivir para algo; nos es preciso Alguien a quien consagrar las aspiraciones más hondas del espíritu.

La soledad no nos entusiasma. Por eso, el tema de la soledad es estudiado en sus distintas facetas, en el joyel literario de Myriam. Y el ansia de no estar solas nos lleva a sentirnos siempre acompañadas. Es la comunión inesperada en el misterio que para nosotras se ha despojado de sus velos más sutiles. De allí esa claridad fulgurante que irradia de nuestro ser cuando amamos como la mujer, sólo la mujer, sabe amar. Ante esa claridad se disuelven todas las incomprendiones, como el pecado, como el olvido, como la traición.

Logramos ese resplandor indecible e inefable buscándolo en el fondo mismo de nuestras propias almas. El amor, para nosotras las mujeres, es, por lo tanto, la interiorización del ser en el ser. Buscamos, en consecuencia, el Amor, así con mayúscula, dentro de nuestra propia alma, nunca fuera de ella. ¡Ay, Dios mío! Este párrafo último parece entresacado de un texto de Filosofía trascendente a la par que immanente. Se ve, muy a las claras, que fui alumna y no de las más aventajadas, de la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra joven e inexperta Universidad.

Volvamos al precioso libro de Myriam. Es la Muerte uno de los temas predilectos de la autora. La Muerte, otro de los misterios el menos profundo, el más accesible. A la mujer le basta amar sin límites; entonces se siente con las fuerzas que necesita para arrancar la máscara trágica con la que los espíritus menos fuertes tratar de ocultar ese misterio que no lo es cuando lo analizamos con ojos de enamorados y, lo que más importante es, con espíritu de sincera religiosidad.

Ve usted, ni muy estimado señor Director, hasta cuáles regiones me ha llevado el análisis del volumen de Myriam, nuestra amiga muy simpática, por cierto. Eso quiere decir que la autora, al mismo tiempo que sentimiento, puso en él pensamiento. ¡Por algo es mujer!

¿Quedaré satisfecho con estos comentarios mi profesor? Si a usted, señor Tristán, le satisfacen. Estoy segura que él los aprobará. Entonces daré gracias a ambos. Y daré, también, gracias a Dios.

Lo saluda con la simpatía de siempre recordando a su padre; aquel bondadoso enamorado de las Ciencias Naturales que para él no tuvieron secreto alguno; recordando, también, a la inteligente madre suya quien tan deliciosas lecciones nos supo dar en las inolvidables aulas del viejo Colegio Superior de Señoritas.

LUZ DEL ALBA

En San José, y en el día de mi cumpleaños.

LA CUENCA DEL TEMPISQUE

por VIRGILIO CAAMAÑO

EL TEMPISQUE Y SUS AFLUENTES

El río Tempisque discurre por la soleada pampa guanacasteca, desde las faldas del Orosí, donde nace con el nombre de Tempisquito, hasta el Golfo de Nicoya.

De diferentes puntos de la Cordillera Volcánica Guanacasteca bajan caudalosos afluentes, que nutren a este majestuoso río por su margen izquierda: el de los Ahogados, el Blanco, el Colorado, el Liberia, el Salto y el Bebedero, formado este último de un interesante conjunto de ríos que también descienden de la citada cordillera: el de las Piedras, el Corobocí, el Blanco, el Tenorio, el de las Cañas y el de Lajas.

Por la ribera derecha recibe el Tempisque muy importantes afluentes originados en la Cordillera Costeña Guanacasteca: el Bolsón, que recoge las aguas de los Ríos Dírria, Enmedio, Cañas, San Juan y Palmas; el Charco, el Garzón que nace en las faldas del macizo de Corralillo y Caballito y se desparra en las lagunas de San Fernando las cuales desaguan por el estero de Corral de Piedra.

Hay, desde luego, muchos otros

esta hermosa cuenca, hasta donde no se adentra la marea del Golfo; aguas de agradable temperatura y magnífico sabor que ofrecen a los riverenses y a sus animales no solo el regazo y soporífero durante el baño, sino la más grata sensación al calmar su sed en aquellas cálidas tierras de la región de los llanos; aguas abundantes, capaces de hacer frente a las más caprichosas empresas de irrigación, de fuerza hidráulica, de producción de energía eléctrica, de cañerías para abastecimiento de grandes poblaciones; aguas que son una bendición para aquellas cálidas pampas guanacastecas.

LAS CRECIENTES Y SUS CONSECUENCIAS

En pocas regiones del país la época invernal es tan rigurosa como en la extensión de esta vasta cuenca.

Por circunstancias de aquellas grandes planicies asentadas en un subsuelo notoriamente arcilloso, así como por la poca hondura de los lechos de los ríos, las lluvias caídas durante los persistentes temporales que azotan la región producen crecientes en los ríos que, al desbordarse, causan grandes inundaciones que afectan los

RIQUEZAS DE LOS RÍOS EN CIERTOS MATERIALES

En su accidentado descenso por las rocosas faldas de las cordilleras, los afluentes que forman esta cuenca arrastran constantemente grandes cantidades de piedras y arenas de excelente calidad para construcciones e industrias inherentes a esta clase de material.

Es asimismo enorme la porción de limo y tantos otros residuos para abono de los terrenos inundados por las crecientes, que contienen los causes en aquellos trayectos influenciados por las mareas del Golfo de Nicoya o por las propias lluvias.

La cuenca del Tempisque es un legítimo venero de riqueza en los lechos de sus hermosos cauces, ya ribeteados de grandes playones, ya asentados en fondos arenosos, ya cuajados de piedras. Abunda todo ese material en tal proporción, que llenaría sobradamente las más grandes demandas para la construcción de edificios, caminos, puentes, muros, etc.

PRODUCTOS ALIMENTICIOS DE ESTOS RÍOS

Las aguas de esta prodigiosa cuenca poseen abundantes peces y crustáceos que constituyen muy buena parte de la alimentación de los ribereños.

Hacia las zonas superiores de los afluentes de la cuenca, hay exquisitos peces muy perseguidos por los habitantes: el guapote, la cholesca, el barbudo, la guabina; también abundan los camarones y los cangrejos, que viven en las cuevas de los paredones o en las concavidades de las piedras sumergidas en el agua.

El bagre y el cuminate buscan en cambio la parte afectada por las mareas, o las aguas lodosas de las lagunas.

La pesca se efectúa en estos ríos con anzuelo o con vara de clavo. En el primer caso se usan como carnadas la tripa de gallina, la lombriz de tierra, el joboto o chobote y la carne de iguana; en el segundo caso, el pescador se mete medio desnudo al río, y va hurgando repetidas veces con la vara de clavo en las cuevas y los raiceros de la ribera, hasta que lava al azar la pieza que por casualidad se halla guarecida en esos sitios y que, al ser atravesada por el clavo, hace violentas contorsiones que se sienten en la vara.

Para coger los camarones y los cangrejos, los pescadores meten las manos por debajo de las concavidades de las piedras o de las cuevas, tapando cuidadosamente las salidas, a la vez de explorar al tanteo la presencia de esos animales para atraparlos con mucho tino, de suerte que no tengan oportunidad de valerse de sus hirientes tenazas al ser cogidos. Si desafortunadamente el camarón o el cangrejo localizado ha podido clavarle las tenazas al pescador, este debe quedarse quieto un rato, hasta que el animal lo suelte voluntariamente.

LAS ALEGRES LAVANDERAS DE LOS RÍOS

Caso típico en los ríos de la cuenca, son las lavanderas. Desde las primeras horas de la mañana se encaminan al río con la batea y el motete de ropa sucia. Algunas han hecho construir en pleno cauce un tapesco con su correspondiente ramada, y allí, con el

san todo el día en su afanoso trabajo. Otras acomodan la batea en un terraplén del paredón o en la raigambre de algún árbol de la orilla, para estas paradas, dentro del agua, en su pesado oficio. Otras son más prácticas, pues se arrojan en el playón de arena, en la orilla del agua, situando la batea entre las piernas para lavar con más comodidad. A intervalos se las oye cantar algunas trovas regionales, silbar los sonos de la marimba, o comentar en alto los últimos sucesos locales, soliendo fumar en cuando un puro o un cigarrillo.

Las que son madres gustan llevar a sus pequeñines al río, para que se bañen en las pozas cercanas al lavadero. Si tienen algún nene que todavía no anda, lo meten en un cajoncito de pino cuyo fondo descansa en el terraplén o en el playón de la orilla, protegida por la sombra de algún árbol; de vez en cuando pasan a acariciarlo o, mientras lavan, le dirigen sonrisas y conversaciones, con aquella satisfacción de estar trabajando para dignificar la vida, de estar trabajando para dar pan a los hijos paz y honor al hogar.

Cuesta creer que muchas de estas trabajadoras del río hayan pasado los dos tercios de su vida metidas entre el agua en su pesado oficio, sin haber llegado a percibir enfermedad alguna que las postre en su vejez.

LAS AGUADORAS O JALADORAS DE AGUA

Otro cuadro de tono folklórico digno de describirse es el de las aguadoras, o mujeres que jalar el agua para tomar y otros menesteres domésticos.

Sobre la cabeza, a manera de turbante, llevan las aguadoras un rollete de trapo hecho con gracia y precisión, entre los extremos del pulgar y del meñique de la mano izquierda. Sobre ese rollete colocan sus grandes tinajas de barro cocido, esféricas y algunas de ellas ribeteadas con adornos de curioles negros o rojos.

Cuando llegan al río pequeños grupos de aguadoras, las típicas actividades de estas mujeres del río toman interesantes detalles de charlas y confidencias.

Como es de admirar en estas hijas de la cuenca el desarrollo del sentido del equilibrio, con gracioso cadenceo suben el empinado trillo de la vega sin sostener la tinaja con las manos, hasta llegar a la casa con todo el contenido del agua cogida en plena corriente, o en pocitos hechos en el playón de arena, tal como salieron de la ribera.

Estas graciosas mujeres morenas hacen evocar, en su oficio de aguadoras, algo así como una fantasía de civilizaciones idas allá en las risueñas orillas del misterioso Nilo.

LA INTERESANTE SENDA DEL TEMPISQUE

Es tan llana y tan baja la región fecundizada por el Tempisque, que las mareas del Golfo de Nicoya empujan hacia atrás las aguas de este río, elevando su nivel. Esto expedita el tránsito de pequeñas embarcaciones de velas, de remos y motores de aceite y de gasolina, en un trayecto aproximado de cuarenta kilómetros sobre el Tempisque algunos de sus afluentes.

Este constante ir y venir de las embarcaciones por la senda



afluentes menores que contribuyen a la formación de esta interesante cuenca, cuyos nombres sería cansado enumerar.

LAS AGUAS DE LA CUENCA

Al descender de las cordilleras, los afluentes del Tempisque se precipitan por lechos accidentados y pedregosos; pero luego de bajar a las dilatadas llanuras, se tornan serenos, ofreciendo entonces aquella majestuosidad y calma con que el Tempisque viaja hacia el Golfo de Nicoya, en una anchura que va aumentando desde doscientos a setecientos metros.

Aguas limpias y potables las de

caminos, las poblaciones, los campos cultivados y los repastos, produciendo daños en animales y siembros.

Cuántas veces han podido observarse poblaciones como Fildelfia, Bolsón, Palmira, con sus calles, plazas e interior de las habitaciones inundados durante los fuertes temporales, pereciendo animales domésticos, arrastrados por las aguas.

En esas épocas suele apreciarse en las poblaciones inundadas, muy divertidas escenas que solo ese espíritu arriesgado de aquellos moradores considera de poca trascendencia los peligrosos resultados que pueden sobrevir.

TEMPISQUE

LAS HACIENDAS EN LA CUENCA

El pastoreo ha sido siempre una de las actividades características de la llanura; con mayor razón tiene que serlo en la pampa guanacasteca fecundada por la amplia cuenca del Tempisque, cuyas aguas discurren lentas, ofreciendo así buenos abrevaderos o aguadas y adecuando ciertas zonas para la vida tranquila del ganado entre frescos pastizales que inunda periódicamente.

La extensas llanuras de ambos lados de la parte superior del Tempisque, y luego las de lado izquierdo de su curso inferior, fue con repartidas por los pobladores de antaño en verdaderos latifundios, demarcándolos con cercas de piedras rústicas, cuyo material abunda en esa región y ofrece facilidades de transporte y disposición.

Preciosas páginas de nuestra historia atesoran algunas de esas mudas cercas de piedra, que sirvieron de trincheras en acciones bélicas: las de los corrales de Santa Rosa, en 1856, por ejemplo.

Esas grandes porciones de llanura, acaparadas así, fueron denominadas haciendas. En cada una aparece uno, dos o tres caserones de estilo antañón, amplios y macizos, que sirven de alojamiento al patrón y a los sabaneros, así como para el almacenamiento de las albardas y los aperos necesarios para la sabana.

Cerca de estos caserones están los grandes corrales de mampostería, en donde se practican el ordeño de las vacas y la fierra del ganado.

EL GANADO DE BAJURA

Por su condición baja y llana, así como por lo escueto de sus dilatadas sabanas, la pampa guanacasteca recibe la acción solar con bastante rigor; no podría, pues, acostumbrarse al ganado de otras regiones altas y montañosas del país, a ese clima ardiente.

La formación de pantanos y lagunas en los pastaderos de los animales, y las persistentes lluvias y prolongados temporales que azotan la región de las pampas, suponen la conveniencia de buscar ganados que resistan a tales circunstancias del tiempo, y del lugar; es imposible pensar en llevar ganado de altura y de re-

giones más ventajosos, a vivir en las bajuras guanacastecas.

En efecto, el ganado de bajura es de condición especial, y en las llanuras de la cuenca del Tempisque se le ve vivir con el aclimatamiento y con la propiedad inherentes a las circunstancias de aquellas pampas.

LOS QUESOS Y LAS CARNES DE LA REGION

El ordeño se practica en las primeras horas de la mañana.

Muchachos que pasan los terneros a los corrales de las vacas, y los enrejan; hombres que ordeñan y llevan la leche en los baldes a las canoas; inusitado movimiento en la hacienda, mientras amanece, entre el ensordecedor mugir de las vacas que responden a los berridos de los terneros.

Luego de cortar la leche, de echarle el suero a los perros y a los cerdos, de amasar bien la caseína desintegrada, viene la prensada de los quesos, la cual se hace en moldes formados de tablas rectangulares perforadas. Al ser fuertemente tortoleados estos moldes, se acaba de exprimir el suero que aun pueda quedar en los quesos.

La industria quesera ha progresado notablemente en esta región, siendo muy satisfactorio poderse saborear exquisitos quesos que tienen muy bien conquistada demanda en los mercados del interior del país, y que son ofrecidos al comercio con buena presentación, higiénicamente empacados y con bonitas marcas de las haciendas de donde proceden.

No menos apetecida es la carne salada que en buena proporción se envía a los referidos mercados del Interior, preparada cuidadosamente por los habitantes de la cuenca, y secada al puro sol ardiente de la pampa guanacasteca.

LAS RICAS COMIDAS DE LOS REGIONALES

Los habitantes de esta región tienen muy buen concepto del gran valor alimenticio de las frutas; no solo las comen crudas sino que, en defecto de las verduras de que se carece en estos lugares, suelen echar jocotes y marañones a la olla de carne, que comunican a la sopa un gusto exquisito.

Otra comida sabrosísima es la carne en vaho, cocida con el vapor que despiden el agua hirviente del fondo de una olla grande de barro, bien tapada, y en cuyo interior se hace una especie de cama de palitos tapizada con hojas de mango, para poner encima la carne, a fin de que al través de ellas reciba el vaho que ha de cocerla.

El salpicón, o carne cocida muy bien picada, a la que se agrega bastante cebolla cruda en pedacitos, y sal al gusto, es también una vianda muy rica.

La machuca es otro plato sabroso; plátanos verdes cocidos sin cáscaras, machucados en algún trasto de barro o enlozado, con la punta de otro plátano crudo, agregando a la pasta un poquito de manteca de cerdo y sal al gusto; también se le puede agregar cuajada a esa pasta. Para servir la machuca se hacen pequeños bollos con las palmas de las manos.

Con hojas de chicasquil y trocitos de carne de cerdo y plátano, se hace un plato apetito-

Anecdolario Nacional

por CARLOS FERNÁNDEZ MORA

Dibujos de Noé Solano V.

56



El General don José María Pinard fué un gran empresario de periódicos y un gran trabajador. En asocio de don Otilio Ulate B. dirigió por muchos años el rotativo "La Tribuna" del cual eran conductores.

En una de las administraciones del Licenciado don Ricardo Jiménez, fué llamado a desempeñar el delicado cargo de Director General de Detectives.

En cierta ocasión, le llevaron a su presencia a un hampón peligroso a quien los agentes secretos habían sorprendido abriendo una caja fuerte de caudales.

Cuando el detective estuvo frente al señor Pinard, le dice:

—“Aquí le traigo, mi Coronel, a esta buena pieza”.

El Director General de Detectives se quedó viendo al sujeto, de pies a cabeza, y con energía en la voz, le dijo:

—“Pero hombre de Dios, no te da vergüenza desempeñar semejante oficio?”

Y el hampón, sin importarle “un pito” las palabras del señor Pinard, y con una gran frescura, le responde:

—“Mire Coronel; si yo fuera un angelito, ESTARIA USTED SIN GUESO”...

sa que se llama ajiaco.

La chanfaina y el frito, hechos a base de hígado, bazo, y pulmones de cerdo, son también comidas muy deseadas en la región.

Con el maíz tierno de los elotes, hacen los regionales muy ricas viandas; yoltamales, perreques, juanas-luisas, tamales dulces; con el maíz viejo hacen rosquillas, nacatamales, tortillas, tayuyas, tanelas, tamal asado.

Con la caseína de la leche, bien amasada y molida con sal, hacen bollos, en las palmas de las manos, que designan con el nombre de cuajadas. Constituyen uno de los alimentos más generalizados y ricos de la cuenca.

LAS HABITACIONES EN LA REGION

Por razón del clima, así como por la abundancia de material, la mayoría de las habitaciones de los pueblos de esta región son de madera, la cual se utiliza según las posibilidades económicas de los respectivos propietarios, desde el modesto ranchito cercado de rústicas varillas amarradas con bejuco de casa o de ventanilla, techado con palma y piso de tierra, hasta la confortable casa de madera, con forro y piso

de tablas y techo de barro o de zinc.

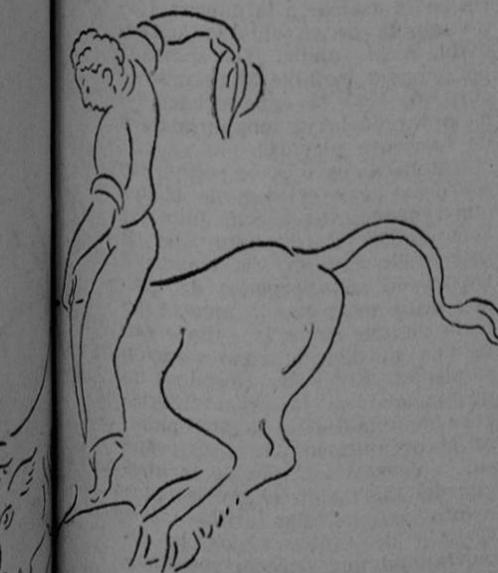
Para horcones y basas se usan el guachipelin, el madero negro, el mora, el carboncillo; para soleras, el roble, el laurel; para tablas de forro, cielo raso y piso, el cedro, el caoba, el pochote, el cenizaro.

Es raro ver aprovechar las fuerzas mecanizadas de vapor, hidráulica o eléctrica para aserraderos; por lo común se preparan las tablas, tabloncillos, alfajías y reglas a mano, construyendo bajo un frondoso árbol un resistente andamio sobre el cual se coloca la troza, debajo de esta va uno de los aserraderos, mientras que sobre ella, parado, va el otro, manejando entre ambos la pesada sierra que ha de cortar por los hilos trazados.

Las habitaciones de estas zonas son ventiladas, siendo su distribución la corriente: sala, cuartos y dormitorios. La cocina generalmente está instalada en construcción aparte de las dependencias interiores.

EL SABANERO, ALMA EN LA PAMPA

El sabanero es el personaje típico de la llanura bañada por la



El lugar es agreste, salvaje: una elevada colina cubierta de enormes bloques de gres. Desde su altura, la mirada cae a plomo sobre un valle profundo, umbrío, fértil, medio nublado de un ligero vapor por la bruma del atardecer. Desde el fondo del valle, por donde están diseminadas infinidad de aldeas que bordean un largo camino que va del norte al poniente, campanarios de piedra gris o de pizarra apuntan aquí y allá sus agujas erizadas. Hecho extraño: se diría que en aquella región todos los hogares están apagados y desiertos. Y, cosa más extraña, más siniestra aun, todas las campanas tocan el fúnebre doble de los muertos. La actividad, el movimiento, la vida, parecen concentrados en aquel tañido lúgubre que resuena a lo lejos.

¿Por qué tantos funerales? ¿Por qué, en aquel valle el doblar de las campanas ha reemplazado a los cantos apacibles de antes, y al reposo de la noche ha sucedido el reposo eterno? ¿Por qué todas aquellas aldeas lloran tantos muertos a la vez, y los sepultan a la misma hora de la misma noche? ¡Ay!, es que la mortalidad es tan rápida, tan numerosa, tan impresionante, que apenas si hay tiempo para enterrar a los muertos. Y aquel valle no es el único que ha visto tanta desolación. Durante largos años malditos, muchas aldeas, muchos pueblos, muchas ciudades, muchas regiones inmensas han visto, también, sus hogares desiertos y apagados. Años en que un terrible viajero ha recorrido lentamente la tierra de un polo a otro, de la parte meridional del Asia hasta las estepas de Siberia; de las estepas de Siberia hasta las playas de Francia. Y el viajero, misterioso como la muerte, lento como el destino, terrible como la mano de Dios... es...

EL COLERA!...

El suelo pétreo y sonoro de la montaña ha repercutido bajo un paso lento, igual y firme. A través de los grandes troncos negros de los árboles, un hombre ha pasado. Es de elevada estatura, lleva la cabeza caída sobre el pecho, el rostro es noble, suave, triste. Las cejas, unidas, se extienden de sien a sien y parecen rayarle la frente con una lista siniestra.

El hombre no escucha el tañer lejano de tantas fúnebres campanas. Sin embargo, dos días antes, la tranquilidad, la dicha, la salud, la alegría reinaban en aquellas aldeas que él ha atravesado lentamente y a las que ahora deja tras de sí aflijidas y desoladas. El viajero no piensa en ello. El viajero piensa en otra cosa, mientras prosigue su camino.

"Este es mi castigo! Si es terrible, mi crimen ha sido más ter-

los delicados vasos y las ánforas.

El desarrollo supone la intención de llegar a las multitudes. Es como un puente entre las imprecisas meditaciones de un solitario y la torpeza intelectual de un filisteo. Abomino de los puentes y me parece, con Kenneth Grahame, que "fuera hechos para gentes apocadas, con propósitos y vocaciones que imponen el renunciamento a muchos de los mayores placeres de la vida". Prefiero los saltos audaces y las cabriolas que enloquecen de contento, en los circos, al ingenuo público del domingo. Os confieso que el circo es mi diversión favorita.

EL JUDIO ERRANTE



IN alcanzar la categoría de una cumbre de la literatura, la obra del francés Eugenio Sué (1804-1857) ha alcanzado mucha difusión, en particular "El Judío Errante", debido a la sugestión del título y a la ruda diatriba que contiene contra una orden religiosa que el radicalismo del siglo pasado puso de moda combatir.

Hoy esos temas carecen del interés de entonces. En "El Judío Errante", el autor especula sobre una antigua leyenda cristiana: el judío que negó descanso a Cristo cuando iba al Calvario, y que fué condenado a caminar eternamente; y la enlaza con otra leyenda que asigna igual castigo a Herodías, por haber aconsejado a su hija Salomé que pidiera la cabeza de San Juan Bautista. Otra leyenda de los tiempos medioevales atribuía la propagación de la peste del cólera al paso del Judío Errante. Con estos elementos como fondo, Sué hilvana una trama truculenta, presentando a los descendientes del Judío Errante sometidos a una implacable persecución, sin otro amparo que su pariente maldito. Prescindiendo del argumento, cuyos méritos son escasos, quedan las figuras del Judío Errante y de su compañera de castigo, Herodías, para quienes llega, finalmente, la misericordia divina. Del libro de Eugenio Sué hemos tomado tan solo los pasajes relacionados con ellos.

por Eugenio SUE

...ribie aun. Consagrado a mi trabajo, las privaciones, la miseria y la desgracia me habían vuelto malvado. ¡Oh!, maldito!... ¡Maldito sea el día en que, mientras yo trabajaba, sombrío, comido por el odio, desesperado, Cristo pasó delante de mi puerta! Aseñado de injurias, abrumado por todo, llevando penosamente la penosamente la pesada cruz, me pidió lo dejara descansar un momento en el banco de piedra. Su frente estaba bañada en sudor, los pies le sangraban, el cansancio lo había aniquilado... y él, con dolorosa dulzura me decía:

"¡Sufro!... ¡Sufro!...
 "—Yo también sufro — le dije, rechazándolo con cólera y dureza— Sufro y nadie viene en mi ayuda. ¡Los despiadados hacen despiadados! ¡Camina! ¡Camina!
 "Entonces él, lanzando un penoso suspiro, me dijo:

"—Y tú, tú caminarás hasta el día de la redención.

"Y mi castigo empezó. Cuando abrí los ojos a la luz era demasiado tarde; demasiado tarde cuando conocí el arrepentimiento; demasiado tarde cuando conocí la caridad; demasiado tarde cuando comprendí estas palabras que deberían ser el lema de toda la humanidad: Amaos los unos a los otros.

"Desde hace siglos, para merecer el perdón, apoyando mi palabra y mi elocuencia en esas palabras, he llenado en vano de con miseración muchos corazones que rebotaban odio; en vano inflamé muchas almas con el santo horror a la opresión y a la injusticia. El día de la clemencia aun no ha llegado... Y desde hace siglos este es mi castigo.

"Pero cuando el dolor está por encima de mis fuerzas, cuando presiento para los míos un peligro del que no puedo salvarlos, entonces, atravesando los mundos, mi pensamiento va a reunirse con aquella mujer, maldita como yo; hija de reina, que, igual que yo, hijo de artesano, camina, camina y caminará hasta el día de su redención. Solo una vez por siglo puedo encontrarla: durante la fatal semana de la Pasión. Y después de la entrevista, llena de recuerdos terribles y de dolores inmensos, ambos, astros errantes de la eternidad, proseguimos nuestra carrera infinita. Y aquella mujer, la única que a-

siste como yo en la tierra al fin de cada siglo diciendo: "¡Todavía!", es la única, que de un extremo a otro del mundo contesta a mi pensamiento. Ella, que comparte mi terrible destino, quiso compartir el único interés que me ha consolado a través de los siglos. Ella también ama a los descendientes de mi hermana querida, y también los protege. También por ellos, de oriente, del norte al mediodía, ella va... llega. Pero, ¡ay!, la mano invisible no deja de empujarla también.

Mientras este hombre iba así por la montaña, absorto en sus pensamientos, la brisa del atardecer, hasta entonces leve aumentó la fuerza. El viento se hizo cada vez más huracanado. Ya el relámpago, surcó la nube, ya sordos y largos silbidos anunciaron la proximidad de la tormenta. De pronto, el hombre maldito, que no podía llorar ni reír, se estremeció.

Entonces aconteció algo extraordinario. La noche había sobrevenido. El hombre hizo un movimiento para volverse con precipitación sobre sus pasos, pero una fuerza invisible se lo impidió y lo empujó en dirección contraria. En aquel momento, la tempestad estalló con toda su sombría majestad. En medio de los rugidos del huracán, a la luz de los relámpagos, se vió sobre los flancos de la montaña, al hombre de la frente rayada de negro bajar con pasos largos a través de las rocas y de los árboles inclinados por la fuerza de la tempestad. Su marcha ya no era firme ni serena, sino penosamente saltada, como la de alguien a quien un poder irresistible arrastrara a su pesar, o un espantoso huracán llevara en sus torbellinos.

En vano el hombre tendía hacia el cielo las manos suplicantes. Desapareció pronto en medio de las sombras de la noche y el estruendo de la tempestad.

El sol declinaba. En lo más profundo de un inmenso bosque de abetos, en medio de una sombría soledad, se elevaban las ruinas de una abadía antiguamente consagrada a San Juan "el decap-

pitado". Dominando aquella masa de escombros, una colosal estatua de piedra, mutilada aquí y allá, había quedado en pie. Representaba a un hombre decapitado. Vestido con la toga antigua, tenía una fuente en las manos; en aquella fuente había una cabeza... y aquella cabeza era la suya. Era la estatua de San Juan, mártir, muerto por orden de Herodías.

Un silencio solemne reinaba en aquel momento. Solo de vez en cuando se oía al rumor sordo del ramaje de los pinos enormes, agitado por la brisa. De pronto, a través de la penumbra de aquel apretado oquedal, cuyos innumerables árboles se perdían en profundidades infinitas apareció una forma humana: era una mujer que se adelantó despacio hacia las ruinas hasta llegar a ellas. Pálida y de mirada triste, llevaba un largo vestido que le arrastraba y tenía los pies cubiertos de polvo. Su andar era vacilante y penoso. Un bloque de piedra estaba colocado al borde del manantial, casi debajo de la estatua de San Juan "el decapitado". La mujer cayó agotada, rendida de cansancio, sobre aquella piedra; y sin embargo hacia muchos días, muchos años, muchos siglos, que zaminaba y caminaba infatigablemente. Por primera vez sentía una laxitud invencible; por primera vez tenía los pies doloridos. Sus pies sangraban, sus miembros estaban destrozados por la fatiga y una sed ardiente la devoraba. Era consciente de esas sensaciones, sabía que sufría, y sin embargo no se atrevía a creerla. Su alegría hubiera sido demasiado grande.

Pero su garganta, cada vez más reseca, se contrajo; sentía un fuego en ella. Descubrió entonces el manantial y se precipitó de rodillas sobre la corriente, cristalina y transparente como un espejo. ¿Qué sucedió entonces? Apenas había rozado con sus labios inflamados el agua fresca y pura cuando, siempre de rodillas en la orilla del manantial, apoyada sobre las dos manos, cesó bruscamente de beber y se miró con avidez en el límpido espejo. Y, sin acordarse de la sed que la devoraba, lanzó grito penetrante, un grito de alegría profunda... A zababa de comprobar en aquel espejo que había envejecido. En algunos días, en algunas horas, en algunos minutos, tal vez en ese mismo instante, había llegado a la madurez de la edad.

Ella, que desde hacia más de dieciocho siglos contaba veinte años; ella, que arrastraba a través de los mundos y de las generaciones su juventud imperecedera... había envejecido... Por fin podía aspirar a la muerte. Cada minuto de su vida la aproximaba a la tumba. Transportada por aquella inefable alegría, se incorporó, alzó la cabeza hacia el cielo y unió las manos en actitud de ferviente plegaria.

Entonces sus ojos se retuvieron sobre la gran estatua de piedra que representaba a San Juan "el decapitado". La cabeza que el mártir llevaba en sus manos, a través de sus párpados de granito entornados por la muerte, parecía arrojar sobre la judía errante una mirada de conmiseración y piedad. Era ella, Herodías, la misma que en la cruel embriaguez de una fiesta pagana pidió la decapitación de aquel santo... Y estaba al pie de la imagen del mártir en el preciso momento en que, por primera vez después de tantos siglos, la inmortalidad que parecía pesar sobre ella prometía desvanecerse...
 —¡Oh, misterio impenetrable! ¡Oh divina esperanza! —exclamó la mujer. — La cólera celeste se aplaca por fin... ¡Dios mío! ¡Ház

cuencia del Tempisque: su temperamento inquieto, sus costumbres, su indumentaria, su agilidad, dicción, sagacidad, perspicacia, todo lo destaca como el tipo criollo costarricense catalogado en la bella página del llanero americano, desde el arriesgado cowboy hasta el intrépido gaucho.

Bajo el sol de la pampa serena y de horizontes lejanos, el alma sensible y alegre de nuestro sabanero pareciera haber sorbido todo ese sol y toda esa luz del hermoso retazo de nuestro cielo americano.

Los descriptores de la vida de los costarricenses todavía no han presentado al sabanero guanacasteco con el colorido de su vida pintoresca y aventurera tan original.

Desde buena madrugada viste su indumentaria apropiada para el oficio: pantalón de mezclilla y cotona desabrochada, botas de cuero curtido muy bien ajustadas a la pierna y al muslo hasta la ingle, sombrero de palma o de trapo, con habiquejo, a la pedrada; un buen par de espuelas; cuchillo pequeño al cinto y tahona con cabo de guayacán.

El caballo, amarrado del cabestro a un árbol del patio, aguarda inquieto con la albarda puesta, bien afianzada con la cincha, la grupera y el braguero, y con una hermosa sogá al jinete.

No ha pensado rayar el alba todavía, y ya va el sabanero camino del llano a las diferentes actividades de su labor; curar el ganado, arrimar las recién paridas, recoger el ganado de fierra, cambiar de sitio a los animales, arrear las vacas de ordeño.

De sobriedad admirable, suele regresar muy tarde del llano y, después de reponer sus energías con una buena comida de cuajadas, tortillas, carne, huevos, frijoles, arroz y sopa de carne, se cambia sus ropas de campo por la mudada blanca, recostándose luego en la hamaca, a puntear la guitarra con que habrá de acompañarse las lindas canciones regionales durante las noches de luna en las alegres serenatas por el barrio.

Cuando va por la sabana, acariciado por la brisa tibia de la llanura, no puede resistir a esa satisfacción infinita que produce el paisaje, y de vez en cuando deja oír su característico potente grito de sabanero, rematado con alguna retahila lugareña.

Nuestro sabanero guanacasteco se caracteriza por su espíritu siempre alegre; por la oportunidad en sus ocurrencias y en sus bromas; por lo artista en la admiración de todo lo bello, lo noble y lo hermoso; por lo ágil y temerario en la equitación; por lo leal y valiente que es.

LOS APEROS Y LOS ARNESES

El sabanero es un inteligente artifice de todo cuanto necesita su cabalgadura, no sólo en aperrarla para los trajines de la hacienda, sino en enjaezarla para sus lucidas fiestas de toros y de caballos.

Labora la crin, la cabuya, la lana y el cuero con admirable habilidad, en la confección de cabestros, sogas, cinchas, gruperas, jaquimas, tapojos, bragueros, riendas, albardas, vaquetas, pellones y rejos.

Para obtener la gran cantidad de crin negra que necesita en la hechura de los pellones, consigue suficiente crin del copete y de la cola de las bestias, cualesquiera que sea su color, y la tinte con vainas de nacasclo, cuyo árbol crece en aquellas llanuras de la cuenca del Tempisque. Es tan firme esa tinta, que ni el sol, la lluvia, el viento, nada la hace cambiar de su color negro tan firme y precioso.

Los hilados de crin y de cabuya para las jarcias de sus bestias, los hace en un pequeño aparato, a cuyo eje le impele gran velocidad una rueda de madera pesada; ese aparato se llama carretilla.

LA FIERRA EN LAS HACIENDAS

Cada hacienda tiene una marca especial para distinguir sus ganados; una marca de hierro que se aplica candente en el anca o en la paleta de la res.

Cuando en las haciendas hay suficientes animales para marcar, los sabaneros ejecutan el rodeo o movilización del ganado, forzando a las reses de fierra a entrar a los corrales, libertando las que están herradas. Una vez encerrados los animales se ponen a calentar los fierros en hogueras hechas en el suelo, cerca de los corrales.

Antes se usaba volcar la res mediante la peligrosa prueba del coleo, ejecutada por el sabanero; pero esa práctica traía no pocos accidentes lamentables para hombres y animales. Por eso se ha ideado hacer entrar al animal en un estrecho pasadizo en donde se le aplica de sorpresa el fierro al rojo.

Durante la fierra, el mandador reparte entre los sabaneros un poco de licor y algunas bebidas regionales como la chicha y el chicheme, a fin de animar a los muchachos quienes, un tanto inspirados, se dan entonces a la diversión de montar y sortear aquellos toretes briosos y bravos apartados en el rodeo.

LA DIVERTIDA PRUEBA DEL ZOPILOTE

Era muy corriente, en los días en que se realizaba la fierra en las haciendas, censurar con castigos originales los errores del oficio del sabanero. Uno de esos castigos consistía en la terrible prueba del zopilote.

Tres días antes de la fierra mataban un zopilote y lo colgaban de una de las ramas altas y tendidas de algún árbol que sombreaba los corrales.

Si alguno de los sabaneros era tumbado por el torete que montaba, si no lanzaba a la res en el primer sogazo que le tiraba, si en la primera colead no volcaba a la res de costalazo, si al sortear lo pegaba el toro, en fin, si incurría en alguna de esas faltas en que no debe caer el sabanero ágil de la bajura, entonces tiraban una sogá por sobre la rama, en dirección del zopilote hediondo, y en una estaca amarrada en uno de los extremos, obligaban al delincuente a montarse, mientras tiraban del otro extremo, hasta hacerlo subir a visitar al zopilote durante un minuto.

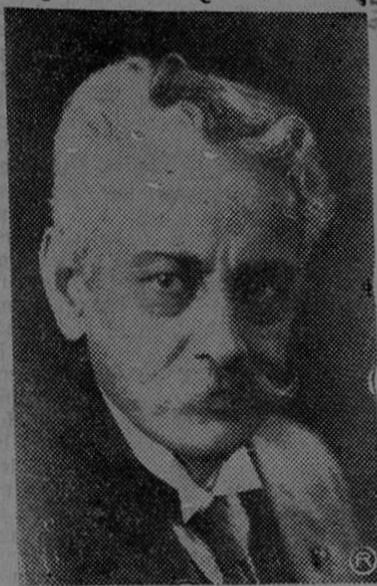
La pena era conmutable por una botella de aguardiente o su equivalente en dinero efectivo, y tanto una como otra, venían a contribuir a alegrar más la fierra.

(La segunda y última parte se publicará la próxima semana)



PETAQUILLAS

Por ANASTASIO ALFARO



En el orden admirable de la Naturaleza la perfección del mecanismo cautiva de igual manera nuestra inteligencia cuando se contempla el movimiento majestuoso de los astros o la vida de los seres inferiores de la Creación. Caprichos de la Naturaleza llamamos a todo aquello que no podemos explicar, y cada cosa tiene su objeto y su razón de ser. Hace algún tiempo, caminando con mis niños por los alrededores de Alajuela, hallamos un bejuco de CUCHARILLA tendido sobre un árbol de poró, del cual colgaban muchas petaquillas; en el suelo había algunas secas, divididas por mitades a manera de bateitas. Pocos juguetes de navidad les gustaron tanto como las mencionadas patequillas: con las frutas enteras hicieron yuntas de bueyes, vacas de lecha, baúles y maletas de ropa; con las que estaban secas, divididas ya, fabricaron buques de vela, bateas de lavar y otros utensilios domésticos; la ropita blanca, tan bien acomodada dentro de las petaquillas, les gustó en gran manera. Ese día hubo corrales cercados para los ganados, ventas de ropa y muchos otros entretenimientos infantiles; lo único que no se les ocurrió fué usar las petaquillas en vez de cepillos de cabeza, como lo hacen las doncellas indias en la península de Yucatán.

Pasado el primer impulso natural de los niños, examinamos el por qué de esa máquina complicada: compuesta de un nudo de suspensión, dos cubiertas laterales ásperas y resistentes, en forma de bateas, un anillo delicado, como de alambre, que soporta un diafragma interior, sobre el cual están estibadas las semillas, a uno y otro lado como mariposas con las alas abiertas, que esperan recobrar su libertad y un viento propicio para alejarse de la planta madre e ir a formar un nuevo tallo en lugares apartados de aquel que les dió origen. Durante la época del verano las tapas se secan y contraen un poco, desprendiéndose por completo; queda suspendido del bejuco el diafragma que soporta las semillas; éstas permanecen al descubierto hasta tanto que se secan y un viento favorable las desprende, una en pos de otra, levantándose por el aire, de manera que se alejan hasta perderse de vista. En una sola petaquilla conta-

mos 140 semillas, y cada planta produce más de cien frutas, si todas hubiesen de germinar se tendría una propagación de 14.000 por cada planta madre; pero luego vienen las desyerbas en las milpas y cafetales, donde la mayor parte de la generación perece y sólo aquellas que están protegidas por las cercas de piñuelas llegan a su completo desarrollo. Las bateitas miden de 15 a 18 centímetros de longitud.

En los Estados Unidos, donde tanto se cuida de ensanchar los conocimientos, y difundir las luces entre los hombres, han llevado desde México las petaquillas, que ellos llaman PEINE DE LAS NINFAS, para formar cuadros ilustrativos de la dispersión de las semillas por el viento. Si a los niños se les enseñan estas nociones científicas valiéndose para ello de libros, conversaciones o láminas, por bueno que esto sea, fácilmente olvidarán lo que aprendieron en la escuela; pero de seguro recordarán con placer aquella época en que jugaban y se entretenían viendo volar en alto la ropita blanca de las petaquillas, sin sospechar siquiera que estaban recibiendo una lección objetiva de biología de las plantas.

El Ensayo Corto

Por JULIO TORRI

El ensayo corto ahuyenta de nosotros la tentación de agotar el tema, de haberlo dicho desatentadamente todo de una vez. Nada más lejos de las formas puras de arte que el anhelo inmoderado de perfección lógica. El afán sistematizador ha perdido todo crédito en nuestros días, y fuera tan ocioso embestirle aquí ahora, como de cir mal de la hoguera en una asamblea de brujas.

No es el ensayo corto, sin duda alguna, la más adecuada expresión literaria ni aun para los pensamientos sin importancia y las ideas de más poca monta. Su leve contenido de apreciaciones fugaces —en que no debemos detener largo tiempo la atención so pena de dañar su delicada fragancia— tiene más apropiada cabida en el cuerpo de una novela o tratado; de la misma manera que un rico sillón español del siglo XVI, estaría mejor, sin disputa, en una sala amueblada al desolado gusto de la época, que en el saloncito bric a brac en que departimos la última comedia de Schaw, mientras fumamos cigarrillos y bebemos whisky y soda. A pesar de todo, el bric a brac hace vacilar aun a las cabezas más firmes.

En el ensayo corto la expresión cabal, aunque ligera, de una idea. Su carácter propio procede del don de evocación que comparte con las cosas esbozadas y sin desarrollo. Mientras menos acentuada sea la pauta que se impone a la corriente loca de nuestros pensamientos, más ricos y de más vivos colores será la visión que urdan nuestras facultades imaginativas.

El horror por las explicaciones y las amplificaciones me parece la más preciosa de las virtudes literarias. Prefiero el enfatismo de las quintas esencias al aserrín insustancial con que se empaquetan usualmente

Azorín y su Curiosa Renuncia

Por RAMON SENDER



ZORIN ha dicho que no escribirá más. Lo ha proclamado con una energía que, a su edad y en las circunstancias de la vida pública española, parece revelar una intención extraliteraria. Tal vez una protesta.

La persona física de Azorín fué la menos conocida entre los escritores del 98. Era el hombre que no iba a ninguna parte. Yo recuerdo que estando en Marruecos en 1924, y teniendo en mi compañía un soldado natural de Monóvar (Alicante), patria del autor de "Los Pueblos", le pregunté si conocía a Azorín. Se quedó dudando un momento, y dijo: "He oído algo de él. Parece que es un hombre que no puede hablar, y que lo dice todo escribiendo". En cierto modo, el soldado tenía razón. Azorín era un mal conferenciante. En lo que exageraba el soldado era en eso de que Azorín lo dejara todo. Decía pocas cosas, pero las decía muy bien.

¿Qué importancia tiene que Azorín siga escribiendo o no? Muchos creemos que sí que la tiene. Un escritor es un hombre público, y sus actos son observados por extensos sectores de la opinión, que les dan un sentido más o menos trascendente. Por eso cuando Azorín se quedó en España en 1939, los republicanos en el exilio se sintieron decepcionados. Azorín se quedaba en Madrid. Eso equivalía a una declaración política. Ahora que dice que se niega a seguir escribiendo, tenemos derecho a pensar que también esa actitud es una prueba de desagrado. Y una protesta. ¿Contra qué? Contra todo lo que define a la España de hoy.

Digase lo que se quiera, en España la literatura es extremadamente importante. La tendencia de la gente a exaltar al escritor puede ser una virtud o un vicio, y la han heredado la mayor parte de los pueblos hispanoamericanos. Y los escritores que se lamentan de que no se puede vivir de la literatura, la verdad es que han vivido y viven, y que en tiempos normales muchos de ellos vivían muy bien. No sólo económicamente, sino sobre todo moralmente, como usufructuarios de esa superstición o religión.

Viéndolo despacio, ¿cuándo Pío Baroja habría podido vivir con sus libros sombríos y disconformes en ningún otro país? La prueba está en los Estados Unidos. Media docena de sus novelas fueron publicadas por un excelente editor: Knopf. De ninguna de ellas logró vender la primera edición —lo que es, naturalmente, injusto— y parece que, al final, el editor anunciaba a Baroja diciendo que era el escritor menos leído del mundo. Si Valle-Inclán hubiera tratado de duplicar sus "esperanzas" en América, habría comenzado por no encontrar editor. Tal vez el correo se habría negado a dejar circular esos libros donde la Procadidad alcanza un esplendor verbal sin ejemplo. Ni en Francia ni en Alemania ni en Italia han sido traducidos.

Azorín habría tenido, sin duda, un periódico donde dar sus crónicas, pero ¿se puede vivir fuera de España con dos crónicas semanales de amena erudición como vivía Azorín en Madrid? Es más que dudoso.

En España, un escritor original



podía publicar sus libros sin cuidado. Y de un modo u otro y siempre de un modo decoroso también, podía vivir con cierta independencia. La cacareada miseria de Valle-Inclán no le impidió nunca tener una vivienda cómoda, servidumbre, escuelas privadas para sus hijos y una atmósfera de gratitud. No hay duda que merecía más. Siempre un poeta merecía más. Pero ¿qué tuvieron, al mismo tiempo, Valery en Francia, Ezra Pound en Norteamérica, o Joyce en Irlanda o en Suiza? Cuando Valle-Inclán vivía en la calle del General Orán, recuerdo que algunas habitaciones de su casa habrían sido dignas de un cardenal del Renacimiento. Detrás de todo aquello podía haber dificultades, pero las llevaba Valle-Inclán sin dramatismo alguno.

De los que cultivaron el teatro, Benavente, los Quintero, Arniches y otros astros menores, como Marquina, Martínez Sierra y Linares Rivas, vivían como potentados. Todavía Benavente en sus años de avanzada senectud obtiene por derechos de autor varios millones de pesetas al año, lo que me parece muy bien, aunque preferiría que los compartieran Jacinto Grau, Casona y algún otro autor de talento más joven y original.

El decoro de la atmósfera literaria de España lo revelan algunos detalles de los que no habían los que no se lamentan de la pobreza de nuestras letras. He aquí uno de ellos. Ningún editor español se ha atrevido nunca a sugerir al autor lo que debe escribir, y mucho menos a poner su pecaadora pluma en un manuscrito. Es por eso, sin duda, por lo que el público español ha tenido que acomodarse, quiera o no quiera, a las singularidades y modalidades diversas de cada autor, y nunca el autor que se estima se ha tomado la molestia de calcular lo que gustaría o no gustaría a sus lectores. Cuando un autor, como Blasco Ibáñez, o Palacio Valdés, lo ha hecho, ha perdido la estimación literaria y ha pasado a ese otro nivel de la "literatura comercial" en el que obtenían fáciles provechos novelistas de segundo orden como Pedro Mata, López de Haro, Salavarría, Cristóbal de Castro y algunos más.

La literatura no era en España un oficio ruinoso. Y además tenía, como decimos, prestigio social. Ese prestigio no es de ahora, sino de siempre, lo mismo en el pasado remoto que en el triste siglo XIX. Cuando hemos tenido un escritor de genio, como Larra, no le ha sido difícil imponerse a su tiempo y obtener una situación desahogada. De hecho, "Figaro" ganaba con sus espléndidos artículos un

promedio anual superior al sueldo de un ministro de Fernando VII. Escritores de talento, como Saavedra, Martínez de la Rosa, Tamayo y Baus, Ventura de la Vega, tuvieron situaciones sociales brillantes. Lo mismo le sucedió a Pedro Antonio de Alarcón.

Poetas como Campoamor y Núñez de Arce obtenían en el siglo pasado sumas considerables por sus versos. Y si Zorrilla hubiera sabido administrar su obra, habría sido rico. Por encima de esas condiciones había otra más difícil de capitalizar: la influencia moral. En esto los países hispanoamericanos han sostenido y mejorado la tradición. No debemos olvidar que mientras poetas como Walt Whitman (que habían tenido que imprimir su obra con su propio dinero) morían en el ostracismo, Rubén Darío tenía misiones diplomáticas en Europa, y cuando excelentes escritores ingleses desfallecían olvidados en un rincón, Amado Nervo tenía también en Madrid o en Río de Janeiro representación oficial. Ninguno de los dos pertenecía a la carrera diplomática. Tampoco González Martínez, García Mansilla, Rodríguez Mendoza y tantos otros escritores más o menos importantes a quienes yo conocí en Madrid como ministros o embajadores de sus países, y en cuyos salones coincidí a menudo con Valle-Inclán, Andrenio, Martín Luis Guzmán y otros, en los años 1925-1930.

En España no se daban al escritor sinecuras oficiales, aunque haya habido algunos con gobiernos civiles y ministerios. Pero gozaban de cierta espontánea veneración pública, y si algunos se quejaban y aspiraban a mayores grandezas pensando en la inmensa popularidad de autores franceses, como Víctor Hugo, o rusos, como Tolstoy, o ingleses, como Dickens, deben pensar que esos autores también eran en España más populares que los indígenas, y que debían su fuerza de irradiación, no a la atmósfera propicia de la sociedad rusa o francesa o inglesa, sino a su propio talento y a su fuerza y don de universalidad.

Azorín, como sus compañeros del clan del 98, ha tenido la estimación y el eco que se merecía. Su pequeña voz, su pequeña filosofía, su sentido crítico consiguen una resonancia máxima. El buen gusto de Azorín en la elección de sus lecturas y en la ordenación de sus ideas críticas ha sido celebrado por dos generaciones. Sus descripciones de ritmo lento de Castilla y de Levante en "Los Pueblos" y en "Antonio Azorín" han tenido muchos devotos. "La Voluntad" (1903, sus "Confesiones de un pequeño filósofo" (1904), sus ensayos de crítica y biografía, que con su frecuencia recuerdan a Montaigne, han sido repetidamente impresos, y la gente ha tenido para ellos el aplauso discreto que se tiene para las tareas desinteresadas del espíritu.

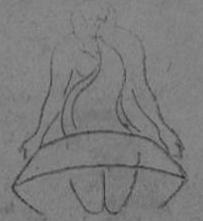
Todos los hombres del 98, con sus defectos y sus virtudes, han gozado en España de un respeto y de un mínimo de bienestar económico, que sin duda merecían, pero que no habrían tenido, probablemente, en otros países. El público ha adscrito a cada uno de ellos una manera de entender la vida y de interpretar la idea que sobre la vida tienen los demás. Y la ha aceptado sin discutir. Azorín es, al final de su existencia, el escritor del pequeño cuidado, de la atención por lo nimio y delicado, de la sensualidad levantina colorista y de la fruición en la

lectura, más que de la agudeza en el análisis. El autor "Don Juan" (1922) y de "Doña Inés" (1923), de novelas cortas exquisitas, como "Blanco en Azul" (1929), ha tenido errores literarios graves. Escribió tres obras teatrales torpes, y cometió deslices políticos como su devoción —pasajera, hay que añadir— por una figura de la vieja escuela reaccionaria como La Cierva. El público ha olvidado esas fallas para recordar sólo los aciertos del escritor.

Leemos con placer sus ensayos sobre Don Quijote, sus "Clásicos y Modernos" (1913) y tantas otras amables glosas. Digan lo que se quiera, el público español ha sido atento y respetuoso con los hombres de letras de esa época. Los del 98 se aprovecharon de esa feliz disposición y dignificaron bastante la profesión. Ortega y Gasset llevó esa dignidad profesional al punto más alto en el ensayo crítico y filosófico, Baroja en la novela, Lorca en la poesía. A los tres se les sigue leyendo.

Azorín cree que en estos momentos no vale la pena escribir en España. El, que está allí, sabrá por qué. Nosotros lo sabemos también, y por eso estamos en América. Azorín ha declarado que no escribiría más, porque esa atmósfera reverente que tuvo a lo largo de toda su vida le falla. Hay a su alrededor, no sólo ruido y desatención, sino demasiados absurdos y una creciente irresponsabilidad de la que no quiere ser cómplice. Todo es distinto. El don interpretativo de Azorín, su agudeza de observación, la morosidad dulce de sus cortas frases cuando habla de Levante o de Castilla la Nueva no encuentran ya en la gente disposición receptiva alguna. Azorín cree que debe castigar al público desatento. Y renuncia a escribir. No escribe. Nosotros comprendemos. Pero creemos que Azorín no tiene derecho a la lamentación.

Los seis u ocho mil lectores que tenía cada uno de sus libros nuevos están ahora lejos de España. Los cien mil lectores de sus crónicas, en gran parte salieron también. Y él lo sabe. Los unos y los otros somos España. Azorín piensa en esa España, y nosotros pensamos en él. Pero cada día Azorín se exaspera un poco más, porque no tiene ya alrededor a los lectores que hicieron de José Martínez Ruiz el Azorín de sus ambiciones juveniles. Y cada día, para nosotros, sus crónicas y sus libros quedan muy lejos, incorporados a los temas de nuestra infancia y de nuestra adolescencia, rebasados por el ritmo de un mundo con el que marchamos. Para poder seguir escribiendo, Azorín tendría que salir a París, a Nueva York, a México y ponerse a tono. ¿A tono con qué? Con la realidad de hoy, como lo estuvo en 1915. Con la realidad que tiene su desarrollo lento, seguro, inexorable. Y que sigue adelante en todas partes, menos en España, y, sobre todo, en la corte de las Españas.



OSA

Limita el cantón de Osa, por el norte, con los cantones de Buenos Aires y Pérez Zeledón; al sur, con el Océano Pacífico y con el cantón de Golfito, y al oeste con el mismo océano.

El cantón de Osa había sido creado primitivamente por ley N° 31 de 26 de junio de 1914 y comprendía los distritos de Buenos Aires, Térraba, Boruca, El Pozo (hoy Puerto Cortés) y Santo Domingo de Golfo Dulce; pero al crearse los nuevos cantones de Buenos Aires y Golfito fué variada sustancialmente su jurisdicción, quedando en definitiva como se establece en las leyes de 1940 que citamos en párrafo aparte.

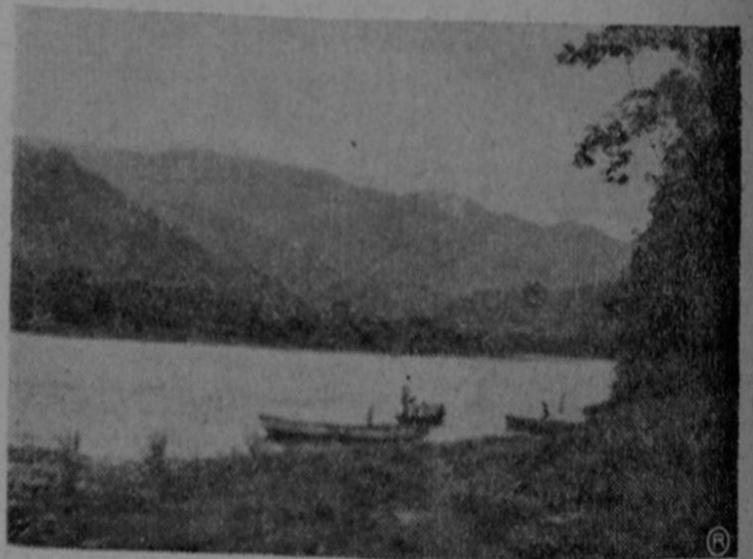
Antes, el territorio comprendido por el cantón de Osa, lo mismo que el de Aguirre, Buenos Aires y Golfito, formaron parte del cantón central de Puntarenas; pero debido a la importancia y desarrollo de actividades de la región, se han creado estas divisiones autónomas, con sus gobiernos locales que facilitan la marcha de su progreso.

Desde antaño, el río Diquíz o Térraba fué la principal y casi única vía de comunicación

para llegar a esa región desde el puerto de Puntarenas, entrando las pequeñas embarcaciones desde el mar por las bocas del río denominadas "Boca Grande", "Boca Chica", y "Boca Brava", remontando el río hasta el Pozo. Hoy, el cantón está cruzado por ferrocarriles y tiene un buen aeropuerto.

La cabecera cantonal es Puerto Cortés, cuyo poblado se formó hace medio siglo en la margen derecha del río Térraba y a unos 15 kilómetros de la costa. Primero se llamó El Pozo, dándosele el nombre de Puerto Cortés en setiembre de 1934. Los terrenos en que se asienta eran de propiedad de la Compañía Bananera, que las donó a la Municipalidad para su lotización. Ha progresado rápidamente, cuenta con buenos edificios, alumbrado público y otros servicios.

(Jaime Granados Chacón)



El Cantón de Osa fué creado por Ley N° 185 de 29 de julio de 1940 y N° 227 de 9 de agosto del mismo año. Su población actual excede de 13.000 habitantes. Consta de tres distritos: Puerto Cortés, con la villa del mismo nombre que es también cabecera cantonal y los caseríos de Coronado, Ajuntaderas, El Rey, La Uvita, Dominical, Balsar y Pozo Azul; Palmar, con el barrio de igual nombre y los caseríos de Palmar Sur, Palmar Norte, Cañablancal, La Olla, Callejón, Cajón, Muñecc y Gorrión; y el de Sierpe que consta además de su barrio con los caseríos de Estero Azul, Chocuato, El Encanto y Guarumal.